II Trimestre de 2009
Libro Complementario

Caminar la vida cristiana

Reinder Bruinsma

Capítulo seis

Pecado

«Todo el que comete pecado quebranta la ley;
de hecho, el pecado es transgresión de la ley»
1 Juan 3:4.

"Todo lo que no proviene de fe, es pecado"
Romanos 14:23.

"El que sabe hacer lo bueno y no lo hace, comete pecado"
Santiago 4:17

"Pecado» es una de las palabras comunes que han sufrido una constante devaluación. La gente la usa en toda clase de circunstancias y a veces incluso le añaden una connotación positiva de aventura y diversión. Con frecuencia la conectan con una excitante conducta sexual, o a diferentes formas de excesiva indulgencia que puede ser poco sabia, pero que es, sin embargo, pintada como comprensible e, incluso, agradable. En este capítulo consideraremos el verdadero significado del término y veremos cómo lo define la Biblia, y qué significa el «pecado» para los cristianos que procuran emular a aquel que es sin pecado.

© Recursos Escuela Sabática
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

Preguntas

La Biblia define el pecado como oposición a la ley de Dios (1 Juan 3:4). A primera vista esto parece ser bastante sencillo. Usted consulta la ley, y cualquier cosa que no esté en armonía con ella es pecado. Pero, ¿a cuál ley se refiere Juan? ¿A la de los Diez Mandamientos? ¿O hay una aplicación más amplia a otras leyes y mandamientos? E incluso si nos centramos en los Diez Mandamientos, ¿cuáles son las implicaciones de las enseñanzas de Jesús? ¿No les dijo él a sus discípulos que el impacto de esta ley divina se extiende mucho más allá de la aplicación inmediata y literal, pues también que incluye los motivos internos (véase Mateo 5:27)? Otros aspectos pueden ser también bastante difíciles de manejar. Todos comprendemos que robar es malo, o «pecaminoso», como dirían los cristianos. Si yo robo un BMW porque no estoy contento con el automóvil que tengo, he cometido un pecado. O si robo cien mil dólares defraudando a la compañía para la cual trabajo, soy un ladrón. Pero, ¿qué pasa si no tengo absolutamente nada de dinero (y no tengo culpa por esto) y robo una pieza de pan, simplemente para mantenerme vivo? ¿También eso cae en la categoría de pecado? ¿Y qué si soy un cleptómano, alguien que es completamente incapaz de resistir el impulso de robar? No estoy robando porque quiero tener toda clase de lujos, sino que tomo cosas pequeñas de insignificante valor, obligado por una extraña compulsión interna que está más allá de mi control. ¿Me hace eso un ladrón o más bien un paciente que necesita terapia?

La gente por lo general considera el asesinato como el peor de los pecados. En nuestra escala de valores se puede ver una amplia brecha entre decir una mentira blanca y apuñalar voluntariamente a mi vecino después de una confrontación por causa de la cantidad de decibeles que salen de su casa. Pero, ¿es la violencia física en principio más objetable que el abuso verbal? ¿Y es el asesinato de dos personas intrínsecamente más malo que el de una sola persona? ¿Es un asesino en serie peor que alguien que mata una o dos veces? ¿O podría el asesino en serie ser menos culpable si descubrimos que sufre alguna compulsión interna que ha reducido agudamente su responsabilidad personal?

Otras preguntas surgen tan pronto como empezamos a pensar en el pecado. ¿Hay algo llamado «pecado original» o «pecado hereditario» o «pecado ancestral»? Un concepto que ha entrado en la teología cristiana se refiere a la condición general de pecaminosidad en la cual nacen los seres humanos,

más que a hechos reales de pecado. Uno podría compararlo con un virus que ha infectado al mundo después de que la primera pareja «cayò» en pecado. Agustín, uno de los padres de la iglesia y otros después de él, sugirieron que el bautismo de infantes es necesario para manejar los resultados letales del pecado original. Si muere un niño no bautizado su condición pecaminosa lo destina inevitablemente al infierno. Aparte del hecho de que este punto de vista del infierno carece tristemente de base bíblica, el concepto del pecado original tiene también otros elementos que son indefendibles. Sin embargo, la pregunta permanece: ¿Por qué comenzamos en la vida con una seria desventaja a causa del error de nuestros primeros padres? ¿Qué justicia puede haber en el hecho de que «el pecado de Adán causó la muerte» y que, como resultado, «la muerte pasó a todos los hombres» (Romanos 5:12) y que «por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres» (versículo 18)?

¿Qué es pecado?

Podríamos añadir otras preguntas a las que ya hemos formulado. El texto que acabamos de citar de Romanos 5 sugiere un principio de causalidad. Una cosa es causada por la otra, estableciendo así una cadena de sucesos en movimiento. Un pecado trágicamente condujo al pecado universal, y el pecado universal resultó en la muerte universal. Hay una verdad en eso. Sin embargo, debemos ser muy cuidadosos de no hablar solo en términos de causalidad, como si cada problema específico, y cada caso específico de sufrimiento humano fuera el producto de un pecado identificable de parte de un individuo específico. ¿Recordamos la historia bíblica del hombre que nació ciego? Los discípulos de Jesús, que estaban acostumbrados a pensar en términos de causa y efecto, preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Juan 9:2). Jesús les dijo que no hicieran ese tipo de conexiones precipitadas. «No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él» (versículo 3). Jesús también subrayó esta verdad cuando se refirió a un incidente que había ocasionado la muerte de dieciocho hombres. La torre de Siloé se había derrumbado y sepultado entre sus escombros a dieciocho hombres. «¿Pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén?» (Lucas 13:4). Es claro que no quería que la gente sacara esas conclusiones y ligara su muerte incidental con cualquier comportamiento pecaminoso es-

© Recursos Escuela Sabática
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

pecífico. Las cosas son más complejas que eso. A las personas malas les ocurren cosas malas, pero también les ocurren a las personas buenas.

Si bien hay pecado *personal*, también hay pecado *corporativo*. El pecado ha infectado al mundo y, como resultado, el mundo está sujeto a la muerte y la decadencia. La humanidad se ha convertido en esclava del pecado (ver Romanos 6). Vimos en el capítulo sobre la «Revelación» que la creación de Dios sufre bajo los efectos del pecado. «Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora» (Romanos 8:22).

La responsabilidad individual y la responsabilidad corporativa están interconectadas. Como muchos de nosotros tomamos decisiones equivocadas, los acontecimientos del mundo toman un cierto sesgo y se desarrolla un cierto tipo de sociedad en la cual la humanidad, no la Deidad, se convierte en la medida de todas las cosas. Como muchas de las personas individuales no controlan su codicia y egoísmo, el mundo se ha caracterizado por el materialismo y la centralidad del yo. Al mismo tiempo, el tipo de mundo egoísta y violento que la humanidad ha «creado» influirá en todos aquellos que nacen sobre él. Y este cáncer del pecado continúa haciendo metástasis con resultados que no se pueden detener. Sin embargo, no podemos simplemente culpar a nuestro crecimiento, al ambiente, a nuestros genes, o cualquier otra cosa. En la Biblia el pecado es mucho más que una infección que se ha extendido y que ahora nos tiene a todos cautivos. La definición bíblica primaria de pecado se refiere al comportamiento pecaminoso consciente. «Toda injusticia es pecado», leemos en 1 Juan 5:17. La mayoría de las versiones de la Biblia hablan de la «injusticia» como el elemento principal del pecado. Cuando pecamos «infringimos» la ley de Dios (1 Juan 3:4). Pecar no es ir contra cierto vago ideal o principio general, es una abierta rebelión contra Dios. David reconoció esto cuando meditó sobre su pasado adúltero: «Contra ti, contra ti solo he pecado» (Salmo 51:4). Note que el pecado tiene que ver con un acto de la voluntad. Es ir contra una norma, la ley absoluta de Dios. Esto difiere radicalmente de lo que la mayoría de la gente postmoderna cree. Para ellos no existen las reglas absolutas. Se trata únicamente, dicen ellos, de preferencias individuales y del consenso que la sociedad ha desarrollado. Si bien es posible que ciertas cosas no sean de nuestro agrado, eso no las hace inherentemente malas. Aunque sintamos la necesidad de crecimiento personal y consideremos ciertas fallas de nuestra propia conducta como debilidades que nos gustaría superar, todas quedan muy lejos del punto de vista bíblico del pecado como una rebelión activa y voluntaria

© Recursos Escuela Sabática
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

contra una ley absoluta dada por el legislador divino. «El pecado es transgresión de la ley». Una vez más cito 1 Juan 3:4, pero esta vez lo hago de la *Nueva Versión Internacional.* Esta versión subraya más patéticamente la forma como Dios define los límites para la humanidad. Dios dice que el pecado es transgresión de su ley santa y espiritual (Romanos 7:12-14). Quebrantar la ley, cruzar esos límites divinos, el límite que Dios nos pone a nosotros, es pecado.

Los cristianos medievales consideraron siete pecados capitales como pertenecientes a una categoría especial. Los así llamados «pecados mortales» (también conocidos como pecados «capitales») requerían acción sacramental especial si uno quena obtener el perdón y la absolución. Los hallamos por primera vez en una lista del siglo sexto que tuvo su origen con el papa Gregorio el Grande (c. 540-604). Estos son: Lujuria, gula, avaricia, pereza, ira, envidia, soberbia. A cada pecado capital le corresponde una virtud particular:

Lujuria	< >	Castidad
Gula	< >	Templanza
Avaricia	< >	Generosidad
Pereza	< >	Diligencia
Ira	< >	Paciencia
Envida	< >	Caridad
Soberbia	< >	Humildad

No hallamos ningún fundamento bíblico para hacer una distinción entre pecados «capitales» y «veniales». ¡Y esta lista medieval, y cualquier otra que podamos confeccionar, de pecados que supuestamente son menos graves que otros, puede extraviarnos en vez de ayudarnos, porque puede sugerir que algunos pecados son en realidad menos serios que otros! Sin embargo, la lista tradicional de pecados mortales sugiere esa actitud y desempeña un importante papel. Es un claro principio bíblico que Jesús mismo enfatizó fuertemente. Desear sexualmente la esposa de otro hombre o acariciar fantasías sexuales es tan pecaminoso como sostener una relación totalmente adúltera; y estar obsesionado con sentimientos de odio no es intrínsecamente diferente al acto de jalar el gatillo (Mateo 5:21, 28).

Pero tampoco agotamos el fenómeno del pecado declarando que es un acto de transgresión voluntaria a una ley santa que Dios nos reveló para guiar-

© Recursos Escuela Sabática
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

nos en la vida, o la alimentación del deseo de cometer tal transgresión si tan solo tuviéramos las agallas o el valor para hacerla. Santiago 4:17 añade un aspecto muy significativo: «Así que comete pecado todo el que sabe hacer el bien y no lo hace». De modo que además del pecado de comisión, también existe el pecado de omisión. La parábola del rico y Lázaro (Lucas 16:19-31) nos proporciona un excelente ejemplo de este tipo de pecado. La historia nos dice que el rico se quejó amargamente con el padre Abraham contra la suerte que le había tocado, comparando su propia miseria con las bendiciones que el pobre mendigo Lázaro estaba experimentando en el «seno de Abraham». Jesús explicó que el rico que pudo haber hecho algunas cosas en la vida que lamentablemente no realizó. Aquellas omisiones lo perseguían ahora. Mateo 25:31-46 contiene la misma moraleja. Cuando Jesús vuelva «con su recompensa», las cosas que no hemos hecho pueden ser causa de pérdida de la vida eterna.

No se necesita pensar mucho para comprender que muchísimas cosas ocurren porque la gente no actuó. Es muy cierta la observación de Edmund Burke (hombre de estado y filósofo irlandés, 1729-1797) de que «todo lo que necesita el mal para triunfar es que la gente buena no haga nada».

Sin embargo, «el pecado» se extiende todavía más. Su significado también cubre la idea de «no alcanzar el blanco». Este es el significado radical de una de las palabras griegas *(hamartia)* y su equivalente hebreo que los traductores traducen como «pecado». «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mateo 5:48). Si el objetivo es alcanzar la perfección, siempre estará más allá de nuestro alcance. «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). Por supuesto, ese «errar el blanco» es una realidad que nosotros afrontamos constantemente en nuestra vida diaria. En muchas formas erramos el blanco de los ideales que profesamos; en tantas formas chasqueamos a otros y a nosotros mismos cuando no logramos cumplir nuestras promesas que deberíamos haber cumplido y nuestros objetivos que deberíamos haber alcanzado.

La realidad del pecado

El pecado es, sin duda, un tema crucial en el vocabulario cristiano. Debemos enfrentarlo con mucha seriedad, nunca poner su cruda realidad a un lado o minimizarla. Naturalmente, nos preguntamos acerca del origen del pecado. La historia de la caída en el Génesis nos habla del primer acto

© Recursos Escuela Sabática
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

humano de rebelión. Al parecer es una cosa sumamente pequeña: cortar un fruto que parecía atractivo y apetitoso. Pero fue, ni más ni menos, la primera demostración de orgullo humano desmesurado, fue intercambiar las normas de Dios por la suya propia.

¿Cómo pudo ocurrir eso? Ocurrió por una simple razón: Dios había creado a la humanidad con la libertad para elegir. Los seres humanos podían permanecer obedientes o, por otra parte, podían decidir seguir sus propios caminos. Podían escuchar la voz de su Creador o las engañosas sugerencias del enemigo. Antes de la caída en el Paraíso, ya se había producido una confrontación celestial entre el bien y el mal, Un ser celestial había ejercido su poder de elección y había decidido rebelarse, y luego había encontrado quienes estuvieran dispuestos a seguirle entre los seres angélicos. Varios pasajes bíblicos nos proporcionan una vislumbre de lo que ocurrió (véase Apocalipsis 12:7-13; Ezequiel 28:12-19; Isaías 14:12-14).

Tan pronto como Dios creó a la humanidad, Satanás, el capitán de los ángeles malos, hizo todo lo posible para infectar nuestro planeta con el germen del pecado. Y tuvo éxito. No podemos comprender en toda su plenitud el qué y el por qué de la «caída» en el pecado. Sigue siendo, en el sentido real de la palabra, un misterio. El término que se usa en 2 de Tesalonicenses 2:7 es muy apropiado: «misterio de iniquidad».

Por muchas razones la teoría de la evolución es inadecuada como explicación de los orígenes. Un problema clave que la hipótesis evolucionista no puede resolver es el origen del juicio moral, de la distinción entre el bien y el mal. El pensamiento evolucionista, no tiene lugar para el pecado como una transgresión moral de una ley divina, y de cualquier transgresión moral de omisión, de «fallar» en alguna marca moral. El evolucionismo reduce al pecado a una etapa del desarrollo, una habilidad que todavía no hemos dominado, o una percepción que todavía debe lograrse a medida que todo progresa a través de un larguísimo período de tiempo. No existe ningún mandamiento moral de proteger al débil. De hecho, el débil debe, por necesidad, perder, para que «el más apto» pueda sobrevivir. Muchos arguyen que la fe cristiana no tiene nada que temer con la teoría de la evolución. Sí, dicen, debemos abandonar una lectura literal de la Biblia como obsoleta y precientífica, pero la verdad más profunda de la religión cristiana no afronta ningún peligro real. Nada podría, sin embargo, estar más lejos de la verdad. La evolución es irreconciliable con la realidad del pecado. Los evolucionistas no necesitan un Salvador; lo único que requieren es un poco más de tiempo pa-

© Recursos Escuela Sabática
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

ra obtener un mejor desarrollo. Por tanto, aquellos que intentan integrar el mensaje bíblico con el pensamiento evolucionista deben expulsar al Cristo bíblico del cristianismo.

Pero el pecado es una realidad que exige una batalla durante toda la vida. Es un conflicto de dimensiones sobrehumanas. «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:12). En esta lucha necesitamos toda la protección y todas las armas que podamos utilizar. La Escritura nos amonesta a fortalecernos «en el Señor, y en el poder de su fuerza» (Efesios 6:10). El consejo es apropiado: «Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo» (Efesios 6:11). Nuestra lucha es, primero y antes que todo, contra nuestro pecado personal. Por ejemplo, podemos estar luchando contra nuestras tendencias a comprometer la verdad. Algunos de nosotros explotamos en ira con mucha facilidad. Muchos sienten la tentación del orgullo y el prejuicio. Otros podemos sufrir de una adicción que, una y otra vez, demuestra que somos demasiado débiles para dominarla. El pecado toma una multitud de formas. Una vez que comprendemos claramente esto, cesaremos de juzgar a otros, que pueden estar luchando contra pecados que nosotros personalmente no tenemos que luchar con ellos. Cada uno de nosotros tiene una lucha personal. Siempre ha sido un misterio para mí el hecho de que algunos cristianos se han atrevido a concluir que ellos han dominado completamente el pecado. 1 Juan 1:10 no deja ningún espacio para esta evaluación: «Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros». Jesús nos habló tanto a nosotros como a los dirigentes judíos que condenaron ansiosamente el comportamiento de la mujer que fue sorprendida «en el acto mismo», cuando dijo: «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella» (Juan 8:7).

Las enseñanzas adventistas del tiempo del fin incluyen la expectación de que como parte de los acontecimientos finales la mediación de Cristo cesará y los creyentes remanentes tendrán que sobrevivir sin su mediador. En nuestra situación actual no sabemos cómo será posible esto. Tomemos en consideración, en todo caso, la plena definición bíblica del pecado, y no concluyamos a partir de esto que en nuestra condición actual cualquiera de nosotros puede alcanzar un estado de total impecabilidad. «Si decimos que no tenemos pecado nos engañamos a nosotros mismos» (1 Juan 1:8).

© Recursos Escuela Sabática
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica

Nuestra lucha contra el pecado incluye, definitivamente, el pecado corporativo. Ni como individuos ni como comunidad eclesiástica podemos aceptar pasivamente que nuestro mundo es malo. Cualquiera sea la influencia que tengamos, debemos utilizarla para reducir la violencia en este mundo y la cultura materialista de desperdicio y explotación. Los cristianos simplemente no pueden tolerar como un hecho deplorable, pero inalterable, que un muchacho de doce años sea enlistado como soldado, que una mujer sea golpeada y abusada, y que los que padecen de sida no obtengan las medicinas que la ciencia ha puesto a su disposición. La convicción del pronto retorno de Jesús, cuando él finalmente erradicará el mal, no puede conducirnos a un complaciente *laissez-faire* y a una negativa a ayudar en todo lo que podamos al necesitado y al hambriento. Mientras vivamos en este mundo continuaremos siendo la luz del mundo y la sal de la tierra (Mateo 5:13-16).

¿Cuan victoriosos podemos ser?

La lucha contra el pecado no terminará mientras seamos ciudadanos del mundo actual. El hecho de que seguiremos siendo pecadores mientras vivamos, no significa, sin embargo, que no podemos obtener ninguna victoria. Los cristianos saben por experiencia que «hay poder, sí, sin igual poder, en la sangre que él vertió». [1]

Vencer al pecado es siempre una cuestión de gracia, un don de Dios. Echaremos una mirada más profunda a esto en el siguiente capítulo. Pero Dios espera algo de nosotros si queremos que la gracia tenga esta influencia sobre nosotros. Para comenzar, podemos decidir evitar situaciones comprometedoras, mantenernos alejados de lugares o compañías que pueden tentarnos a hacer algo que sabemos que no debemos hacer. Si el alcohol es nuestro problema, sería mejor que no frecuentáramos lugares donde se ofrece licor en abundancia. Si estamos luchando contra el problema de la pornografía en Internet, poner la PC en un lugar donde todos puedan ver lo que hay en la pantalla en frente de nosotros puede ser una útil medida preventiva. O si nuestra lucha es contra la pereza, haríamos bien en someternos a ciertas actividades estructuradas y pedir a alguien que nos ayude monitoreando nuestro programa. Debemos tratar de reemplazar las actividades que nos afectan en forma negativa con otras que fortalezcan las actitudes positivas y des-

[1] La música y palabras de este poema escrito por Lewis E. Jones (1899).

pierten los deseos positivos. «No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal» (Romanos 12:21).

Algunas veces necesitamos ayuda exterior. Vencer ciertas adicciones puede requerir tratamiento especializado. Además de todo el poder de la voluntad que podamos reunir, con frecuencia necesitaremos tratamiento y ayuda que le darán una nueva dirección a nuestra vida. En general, las palabras de ánimo de parte de otros nos ayudarán para hacerles frente a nuestras debilidades. «Hay amigos que llevan a la ruina, y hay amigos más fieles que un hermano» (Proverbios 18:24).

Y luego está la oración. Y más oración. Orar pidiendo la ayuda de Dios para resistir la tentación (Mateo 6:13). Orar para que nos ayude a ser fuertes cuando las presiones a pecar aparezcan repentinamente en nuestro camino. Orar pidiendo liberación cuando el diablo procure «devorarnos» (1 Pedro 5:8). Orar pidiendo ayuda para perseverar. Y, por supuesto, orar para pedir perdón. Y luego para pedir más perdón.

Culpabilidad

Al terminar este capítulo necesitamos destacar un aspecto particular: No podemos deshacernos de todos nuestros pecados y de toda nuestra naturaleza pecaminosa. El pecado continuará levantando su horrible cabeza. Pero no debemos continuar sufriendo de culpabilidad. Podemos ser totalmente liberados de nuestra culpabilidad. En eso consiste precisamente la expiación, esto es lo que significa ser «salvos». La gloriosa verdad es que existe una respuesta satisfactoria a la pregunta que una vez formuló el apóstol Pablo, y desde entonces ha sido repetida por los labios de millones de cristianos: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Romanos 7:24). No podemos obtener mejor seguridad que la que podemos encontrar en la conclusión de Pablo: «Gracias doy a Dios por Jesucristo, Señor nuestro» (Romanos 7:25). El esfuerzo humano nunca resolverá el dilema del pecado. Pero hay una solución. Tenemos un Salvador.

© Recursos Escuela Sabática
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica